

DAVID JIMÉNEZ PANESSO, *Historia de la crítica literaria en Colombia*, Bogotá, Centro Editorial de la Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura, 1992, 239 págs.

Libro de carácter didáctico el que nos presenta el profesor Jiménez. Escudriña en los albores y el desarrollo de la actividad crítica en Colombia durante una centuria. Dicho período abarca "cien años de ejercicio crítico aplicado a la literatura, pero no estrictamente circunscrito a cuestiones técnicas formales o textuales". En el prólogo el autor advierte que el análisis crítico no está sólo sujeto a dichas cuestiones porque "en la crítica literaria vienen, en intrincado contexto, enredados casi todos los problemas que se le han planteado a la inteligencia colombiana a lo largo de su historia cultural". De ahí que su análisis de figuras de la crítica y diferentes obras de esta índole, esté marcado por la permanente oscilación entre estos dos tipos de acercamiento al texto.

En la Introducción David Jiménez advierte cómo ha variado el papel de la crítica a lo largo de algunos años en los que, si había críticos, aquella, entendida como institución, no existía. Para el autor, la crítica, como tal, es producto de finales del siglo XIX. Esta labor demanda un trabajo intelectual, serio, riguroso y tendiente a cumplir diversas tareas, entre las cuales se mencionan: estudiar los efectos sociales de la literatura; observar la configuración de un público lector; determinar la formación de un gusto literario en cuanto fenómeno social; establecer la evolución histórica de los géneros; y, por último, señalar un orden en el fenómeno literario. Luego de estas consideraciones afirma que la crítica se inicia en nuestro continente paralelamente al predominio del romanticismo. Las décadas de 1860 a 1890 son su punto de referencia. El estudio de Jiménez pone al descubierto la polémica entre una crítica literaria emancipada y autónoma con tendencia esteticista y otra puesta al servicio de los partidos tradicionales.

Partiendo de esta dialéctica el profesor Jiménez, en los cuatro capítulos en que se divide su estudio, presenta al lector la permanente lucha entre las diferencias ideológicas esbozadas por ambas posiciones. La 'conservadora', fundamentada en el dogma, la tradición, los moldes clásicos y la herencia hispánica; y, por otro lado, la corriente 'revolucionaria' desligada de los preceptos anteriores abriendo espacio a una nueva forma de análisis y valoración del hecho artístico.

En la primera parte, se aborda la crítica en la segunda mitad del siglo XIX. Durante este período destaca la labor crítica de José María Samper, quien postula que la literatura debe estar al servicio de la revolución. Sin

embargo, su pensamiento que “se movía entre las contradicciones como un pez en el agua” presenta un cambio radical al final de su vida en el que se nota un desengaño de las convicciones anteriores. Asimismo, vale la pena destacar la conciencia crítica de éste al señalar que “la literatura colombiana tiende a la sencillez y estrechez sin contacto cosmopolita”, de ahí su preocupación porque la literatura nacional se universalice y tienda hacia la originalidad en los temas tratados. De Samper el autor pasa a analizar el pensamiento de José María Vergara y Vergara quien considera que la obra artística debe estar “encauzada política y católicamente”. De esta manera, se convierte en un defensor de la tradición hispánica, aunque se muestra partidario de la originalidad, la espontaneidad y el sentimiento. Con Salvador Camacho Roldán el trabajo crítico con raíces positivistas vuelve a tener auge. Se vislumbra en él una consideración romántica acerca de la poesía como conocimiento de una verdad oculta: dicha verdad debe tener su fundamento en la observación y la experiencia. En consecuencia, la poesía debe “despertar emociones y producir fuentes de placer en los sentidos y asimismo elevar moralmente”. No sobra advertir que sumado a la índole positivista de su pensamiento, su aproximación crítica es más sociológica.

De esta manera la novela social ha de ser literatura de denuncia: en otras palabras, la ficción novelesca deber ser un fiel reflejo de la realidad. De su pensamiento cabe destacarse el hecho de que la utilidad social de la literatura no puede estar desligada del progreso material.

Lindando con este pensamiento, Juan de Dios Uribe afirma que la poesía debe tener majestad, belleza, energía y audacia y debe tocar los grandes asuntos: los que se relacionan con las maravillas del progreso y los descubrimientos de las ciencias naturales. Con él se retoma la idea de una instrumentación política de la crítica.

Por otro lado, con la figura de Rafael Núñez, la crítica literaria se encamina a exaltar el aspecto romántico. David Jiménez comenta que tanto Núñez como Caro no aceptan como poesía verdadera “sino lo que se confunde con la religión aspirando a lo infinito en cualquier forma”. Esto, porque Núñez celebra que la literatura haga su tránsito de lo realista a lo intangible espiritualista: hecho que llama renacimiento religioso y que se ve reflejado en la novela rusa. Es de destacar que para Núñez la labor crítica como tal sólo ocupa un lugar secundario en sus estudios.

Finalmente, el autor completa esta primera parte, dedicada al siglo XIX, con Miguel Antonio Caro. Su crítica va encaminada hacia el estudio de tipo filológico con énfasis en la interpretación filosófica e histórica. Caro se enfrenta a la obra con un instrumental crítico, coherente y

sistemático. Su enfoque crítico tiene su fundamento en la religión. Para Caro el elemento esencial del arte es la idealidad. En este sentido, lo fundamental de la poesía son las ideas que contiene un poema. “Si la poesía es arte, lo es sólo por su capacidad para expresar el pensamiento y éste es su valor principal y el objetivo propio de la crítica”, dice Caro. Para él todo ideal artístico es religioso, aunque se trate de la obra de un escritor pagano. Dicho ideal religioso debe ser católico, si no, en su opinión, el ideal no sería verdadero. Vale la pena destacar su rechazo al romanticismo y su discusión con don Baldomero Sanín Cano, en relación con la manera de enfrentar críticamente una obra literaria.

En la segunda parte el profesor Jiménez aborda la crítica moderna representada en BALDOMERO SANÍN CANO. El análisis de su pensamiento está centrado en tres ensayos básicos: *Núñez, poeta, que se constituye en el texto inaugural de la crítica modernista; El impresionismo en Bogotá y De lo exótico*, en los que Sanín Cano desarrolla una estética del modernismo. De estos tres estudios emerge una nueva concepción crítica del fenómeno literario. Tal concepción instauro la idea del arte por el arte: el arte autónomo e independiente de las otras esferas del mundo social. Es decir, liberar el arte de la religión, de la estrechez regional, de la política, de la herencia clásica, de la hispanidad. En este sentido, el arte, para el pensador modernista, debe bastarse a sí mismo, debe tener un fin: buscar la belleza y no la verdad. En sus análisis Sanín Cano realiza una consideración bastante valorativa estéticamente en relación con la obra de José Asunción Silva. Ve encarnadas en él las características del nuevo arte. De este modo, para el modernismo colombiano se postula en Sanín Cano su figura crítica y en José Asunción Silva su gran creador en el campo artístico. De las características del pensamiento modernista del crítico antioqueño Jiménez resalta el hecho de que el arte debe ser cosmopolita, universal. Hay en aquel autor una lucha permanente por la causa cosmopolita del arte. Finalmente, el profesor Jiménez rescata el énfasis de Sanín Cano en la labor del crítico literario.

En la tercera parte, el autor de la obra que comentamos, recoge el pensamiento de la crítica literaria de la época del modernismo. Según sus palabras la crítica modernista aportó una nueva terminología expresada en una manera diferente de concebir el arte y fue difundida a través de las revistas literarias de la época: *Gris, Trofeos* y la *Revista Contemporánea*, en Colombia; y *El Cojo ilustrado*, en Venezuela. En éstas se reúnen críticos como Tirado Macías, Max Grillo, Ponce Aguilera, Víctor Manuel Londoño y Baldomero Sanín Cano. Figuras que ilustran una teoría crítica a partir del modernismo. Algunos de los elementos que formaban parte de

aquella teoría se esbozaban en una tendencia al abandono de las normas clásicas en el arte y en los principios de la tradición; un apego a las novedades, una deserción moral y religiosa, una enfermiza búsqueda de sensaciones raras, un encanto por la sugerencia, por la vaguedad, por lo que flota entre líneas. Asimismo, la estética modernista señala la importancia –para el creador– de no ser comprendido, de tener pocos lectores. Como diría Baudelaire, en el creador modernista hay cierta gloria en no ser comprendido. De esta época Jiménez analiza el pensamiento de críticos como Tomás Carrasquilla, crítico del modernismo; Antonio Gómez Restrepo, que desarrolla una crítica contra la modernidad; Carlos Arturo Torres, que esboza una crítica de las ideas; Saturnino Restrepo, considerado como un crítico moderno y Eduardo Castillo, crítico impresionista.

Para finalizar su estudio el profesor Jiménez, en la cuarta parte, trata la crítica literaria después del modernismo. Entre otros temas desarrolla la influencia del modernismo, aún entrado el siglo xx y las críticas a este movimiento. De esta manera se registran opiniones de diversa índole. El pensamiento de Maya de que toda la anarquía moral estética del arte de la post-guerra tiene sus raíces en el modernismo y su consecuente refutación por parte de otros críticos, ilustran este hecho. De los analizados por Jiménez destaca el fervor antimodernista de Tejada; el apego de Maya por el hecho de que en el arte hay que partir de principios permanentes; la importancia del papel de la revista *Mito* representada por Gaitán Durán y su defensa del compromiso ético; y la actitud de no claudicar frente a ningún adoctrinamiento: la preocupación de Zalamea por no desligar lo cultural de lo social; y, por último, el papel de la crítica a partir de Hernando Téllez. De él sobresalen, entre otras ideas, la preocupación por el desfase entre cultura y civilización, su crítica cercana a lo sociológico, su menosprecio por la cultura hispánica, su distinción entre la labor del crítico y la del historiador literario; y, finalmente, su concepción de la crítica como tribunal.

Como se ve, el trabajo del profesor Jiménez da luces para entender con claridad el pensamiento crítico colombiano durante una centuria. Su análisis “no simplifica el proceso ni lo reduce a generalidades”. El libro constituye, pues, un valiosísimo aporte al estudio de la crítica literaria tanto en Colombia como en Hispanoamérica.

DORIS SUSANA GUEVARA S.

Instituto Caro y Cuervo.